

SECCIÓN PRIMERA

---

LA LOCA DE LA CASA

LOS VIEJOS

LUJO Y CARIDAD



## LA LOCA DE LA CASA.

---

De moda se ha hecho llamar así á la IMAGINACIÓN. Por una reacción naturalísima contra la deplorable ignorancia de los españoles, se ha extremado, con exageración inmotivada, la importancia de los estudios teóricos y puramente especulativos, al mismo tiempo que han caído en disimulado, pero real menosprecio, los estudios y trabajos prácticos propios para desarrollar las obras de la imaginación.

\*  
\* \*

Sin la ciencia, el mundo no sería lo que es; pero es un error, y por desgracia muy popular, la creencia de que sólo las escuelas puramente especulativas pueden formar los hombres capaces de empujar nuestra civilización.

Muy por el contrario, los grandes talentos que hacen progresar el mundo inventan porque ven; y ven, porque los estímulos se les ponen delante de los ojos.



El trabajo y la atmósfera en que vive el artista son las condiciones de su desarrollo. Trabajo y taller, y el genio brillará.

\*  
\*\*

Polidoro Caldara llevaba á los discípulos de Rafael el yeso de que se servían para pintar sus frescos. La impresión que el arte hizo en aquel hombre de carga convirtió á Polidoro en el célebre artista, delicado, elegante, admirable en el claro-obscuro.—Por no morir de hambre, el gran Miguel Angel empezó moliendo colores y acarreando yeso.—¿Quién, sino la vista de las obras de Rafael, hizo decir al que primero representó figuras en el aire, al hijo de un pobre campesino, al gran Correggio: “¿También yo soy pintor?”, Y lo fué. En el Correggio dormía la potencia del genio; sólo faltaba la chispa que lo inflamase, como á la pólvora, cuando espera, falta la chispa que le prenda fuego.—Aníbal Caracci y Andrea del Sarto, el pintor sin defectos, no habrían sido artistas sin la vida del taller.—Si no hubiese el Pousino visitado á Roma, víctima de intrigas é infortunios, nunca habría pintado su cuadro de *El Diluvio*, ni merecido el título de “Rafael de Francia.”—El Dominiquino, á quien, dicen, envenenaron sus rivales; el Tintoretto, discípulo del Tiziano y su émulo en colorido; el Tiziano mismo, artista siempre joven, aunque murió de noventa y nueve años, amigo de Carlos V, por cuyas liberalidades rehusó las ofertas del Papa León X y despreció las honras del vencido en Pavia, Francisco I, no habrían sido lo que fueron (y lo que son todavía), admiración del mundo, sin la atmósfe-

ra artística que por fortuna respiraron.—¿Quién hizo pintor al Perugino, protegido del Papa Sixto IV, más que el haber entrado de sirviente en casa de otro pintor?—¿No se transformó nuestro Murillo en un hombre nuevo cuando pisó el taller del gran Velázquez?

¿Habría sido Shakespeare el portento del teatro inglés, si sus desdichas no le hubieran obligado á entrar en el teatro de mozo del apuntador?

Sin duda que estos famosísimos artistas nacieron con los gérmenes del genio; pero estos mismos gérmenes no habrían llegado á la plenitud del desarrollo sin la atmósfera del arte en que vivieron. Con alas nace el águila; pero ¿cómo sin aire pudiera remontarse hasta las nubes?

\*  
\*\*

La invención no tiene reglas; condiciones sí.

No tiene REGLAS; porque si las hubiera, llegaríamos á lo nuevo por conclusiones lógicas de la mente.

Pero tiene CONDICIONES; pues, si no las hubiese, no viéramos al genio producirse siempre en las mismas circunstancias.

Sin las guerras del Imperio, el mundo ignoraría los nombres de Ney, Junot, Massena, Murat, Porlier, Mina, el Empecinado, Wellington.—Si se hubieran criado entre mieses y frutales, no habrían dado la vuelta al mundo Magallanes ni el capitán Cook; ni Vasco de Gama habría doblado el Cabo de Buena Esperanza; ni Colón descubierta el Nuevo Mundo.—Sin el espíritu social de sus respectivas épocas, no registraría la historia los gloriosísimos nombres de Beranger, Boileau, Molière, Shakespeare, Demóstenes,



Sófocles.—El príncipe de la Botánica, el gran Linneo, dejaba los libros para observar las plantas del jardín de su padre. Sus maestros le declararon nulo enteramente para las ciencias; y su miseria, á causa del estudio, llegó á ser tanta, que pasaba las noches preme- dando zapatos! para poder, durante el día, seguir estudiando en la Universidad de Upsal. Sin un jardín, el gran botánico habría sido un perverso menestral.

\*  
\* \*

Estamos abrumados de hombres teóricos; no tenemos quien nos haga un alfiler, quien nos fabrique una lima. Haya libros y tratados, pero abunden Gabinetes y Museos: haya fórmulas, pero tengamos donde quiera experimentos: haya ciencia, pero éntre la enseñanza por los ojos con la virtud de los ejemplos.

La IMAGINACIÓN se forma en la atmósfera del taller y del gabinete de experimentación, ante el espectáculo de la naturaleza; en las luchas de la sociedad. El objeto nuevo no existe sin duda antes de la invención; pero sin el estímulo que excitan las obras ya producidas, sin el acicate de una mejora deseada, sin el galardón de una dificultad vencida, no levanta el Genio sus alas poderosas, ni rompe los troqueles de lo antiguo, ni produce los moldes de lo nuevo.

Es, por tanto, altamente patriótico popularizar la idea de que casi todos los adelantos con que se honra nuestra civilización se deben á los hombres de tino práctico y experimental, y no á los hombres de teorías.

\*  
\* \*

¿Eran lo que se llama hombres teóricos los anti- quisimos descubridores del vidrio, de los pozos que hoy decimos artesianos, de los puentes colgantes? ¿Eran lo que hoy llamamos hombres de ciencia los árabes españoles, que nos legaron la pólvora, los relojes, el papel? ¿Había dedicado sus vigili- as á integraciones laboriosas Bertoldo Schwartz, inventor del aliaje de los cañones y en tal sentido creador verdadero de la artillería? Nada de lo que hoy constituye un hombre de teorías llegó á noticia de Juan Gutenberg, inventor de la imprenta; nada de ello sabía Bernardo Palissy, inventor de la cerámica; todo eso era ignorado del Napolitano que, dicen, descubrió la brújula.

Cuenta la tradición que unos niños inventaron los anteojos de larga vista; sábese que Chappe era niño todavía cuando inventó el telégrafo óptico; consta que Humphry Potter era de cortísima edad cuando realizó su grandioso invento de hacer automáticas las máquinas de vapor, para dejar sola funcionando la que él tenía á su cargo, mientras se iba á jugar con otros niños de su misma edad.

\*  
\* \*

Ni aun siquiera los hombres dedicados á las especialidades de una ciencia son los que en ellas han hecho grandes adelantos;—y no por falta de saber, sino por no haberse colocado en las condiciones del inventar.

Pastores del Langüedoc fueron los que descubrieron la vacuna; cantor del teatro de Munich el que halló la litografía.



Aprendiz de una fábrica de jabón, cajista luego, fué el inventor del pararrayo, Franklin, que

Arrancó el rayo al cielo y el cetro á los tiranos.

Un subteniente retirado del arma de caballería y un pintor, Niepce y Daguerre, inventaron la fotografía.

Organista era Herschell, el gran descubridor de las profundidades de los cielos.

\*  
\* \*

Las aplicaciones prácticas del vapor no permiten dudar acerca de las condiciones de la invención:  
TRABAJO Y TALLER.

La máquina atmosférica de vapor fué inventada por un minero, un cerrajero y un vidriero, Savery, Newcomen y Cawley.—El constructor de la máquina de doble efecto fué Watt, pobre y enfermizo obrero, que de joven componía instrumentos de matemáticas.—Evans, que aplicó el vapor á alta presión, era carretero.—Fulton, el que primero movió un barco por medio del vapor, fué aprendiz de joyero y pintor de miniaturas.—El primer investigador de la propulsión de los barcos por medio de la hélice, fué al principio organista, luego relojero, y joyero al fin.—Seguin (ainé), inventor de la caldera tubular (sin la cual no es posible la locomotora), nació respirando la atmósfera de la fábrica de su tío Montgolfier, el fabricante de papel, inventor de los globos aerostáticos.—Y Jorge Stephenson, el feliz constructor de la locomotora, pasó los tristes años de su infancia en las minas de hulla de Inglaterra.

Sería cosa de no terminar la enumeración de estos hombres benéficos para la especie humana.

Arkwright, el inventor del telar mecánico, era barbero; Lincoln, el destructor de la esclavitud, fué leñador; Johnson, sucesor suyo en la Presidencia de los Estados Unidos, era sastre. Faraday, el prodigioso inventor de todos los grandes portentos de la electricidad de inducción, estuvo de aprendiz de encuadernador nada menos que diez años de su juventud, etc., etc.

\*  
\* \*

LA LOCA DE LA CASA, esa facultad potente productora de todos los adelantos de la civilización, no procede en sus evoluciones conforme á las leyes deductivas de la lógica. Combina hechos, y ve las cosas antes de nacer. Pero necesita vivir en el recinto de los museos, entre las retortas de los laboratorios, entre los rodajes de la mecánica; se desarrolla al ruido de los talleres, ó mecida por las olas de los mares, ó enardecida por las indignaciones justas del periodismo, ó entusiasmada por los calorosos apóstrofes de la tribuna, ó dilacerada por las injusticias de la sociedad.

Suprimid sus condiciones, y muere. Muere como el ave bajo el recipiente de la máquina pneumática; como el pez fuera del medio necesario á su existencia.

Pero mantened á la IMAGINACIÓN en el seno fecundo del Trabajo, que es la honra del hombre libre, y el mundo cambiará.

Veréis dominado el rayo; á Europa hablando con



América por medio de un alambre; á la luz dibujar con todas las maravillas de la perfección; regenerados los huesos; el habla dada á los mudos; cloroformizado el dolor; domado el huracán, y esclavizados los dos grandes déspotas de la antigüedad: el Espacio y el Tiempo.

España está atrasada. Otros pueblos que de ella proceden lo están también. ¿Queréis verlos en la misma línea que las primeras y más poderosas naciones de la civilización? Pues poned á LA LOCA en condiciones de producir; á LA LOCA que ve las cosas antes de nacer; á LA LOCA que saca del oculto seno de lo desconocido y de lo ignorado todo cuanto el hombre necesita; que abre para él las fuentes de la inspiración y de los goces; que suprime el Dolor y detiene los pasos de la Muerte.

¡Imposible el progreso de los pueblos sin los sueños divinos de la IMAGINACIÓN!

Sus grandes sueños son las utopías.

Y las utopías son los imposibles del AYER; las realidades del HOY, y los Progresos del MAÑANA.

Imposible es el Progreso sin el trabajo científico de la IMAGINACIÓN.

## LOS VIEJOS.

### I.

En varios periódicos americanos se vienen reproduciendo, hace ya tiempo, artículos escritos con toda la apariencia de científicos, para probar que existe un perfecto paralelismo entre la decadencia física y la intelectual.

Otros periódicos combaten, y victoriosamente de seguro, á los primeros, sostenedores de tan extraña tesis.

Acaso no provenga sólo de inspiraciones de ciencia equivocada la pasión que se advierte en los mantenedores del tema ni su evidente exageración; que en las últimas etapas de la controversia, ha llegado esa pasión hasta el extremo de asegurar que el *ocaso* de las facultades psíquicas ocurre entre los cuarenta y cincuenta años de edad.

\*  
\* \*

Muy de enhorabuena estaría el elemento joven, que esto escribe, si científicamente pudiera probarse



que los viejos no sirven para nada; pero cuando la exageración llega hasta el extremo de lanzar ABSOLUTAS, basta, para probar la oquedad de las intemperancias promulgadas por la irreflexión y la ligereza de los pseudo-cientistas, el sencillísimo medio de presentar EXCEPCIONES. En efecto; al que niegue que existe el movimiento, no hay modo mejor de refutarle sus paralogismos—ó sus sofismas,—que el de pasearse delante de su paradógica personalidad. ¿Hay quien sostiene que los viejos no sirven para nada? Pues la mejor respuesta es la de hacer pasar ante su vista la veneranda procesión de los Viejos Inmortales.

\*  
\* \*

Sin embargo, no cabe desconocer la valia *relativa* de algunos de los argumentos aducidos en la discusión. No fueran exagerados ni sacados de quicio, y algo habría que agradecer.

Si se dijera que, REGULARMENTE, la generación que se va no mira con buenos ojos desmoronarse ó desaparecer, ante las exigencias de los tiempos, las teorías que estudió ó los dogmas en que puso su fe; si se agregara que muchas veces los hombres ya gastados contrarrestan con toda tenacidad las invasiones del Progreso y se obstinan en levantar, con polvo de lo pasado, diques inútiles contra las arriadas de lo porvenir; que se consideran grandes porque resisten; que juzgan virtud la tenacidad, y deber el hacinar estorbos y obstáculos hasta el último momento; que juzgan absolutos y petrificados los principios que estudiaron en sus mocedades, y que cierran los oídos para no oír y los ojos para no ver cuando sospechan que

vacila ó se tambalea el alcázar de sus dogmas; que algunos—para resistir en toda conciencia—creen necesario no enterarse jamás, y quemar el libro que denuncia hechos que no pueden quemarse, y levantar patibulos y hogueras para acallar al evangelizador de ideas incoercibles.....; si se dijese esto solamente, y aun mucho más, entonces apenas sería necesario entrar en el palenque y romper lanzas en la contienda, puesto que se habría enunciado únicamente, con más ó menos acierto, con más ó menos pasión, una serie de verdades RELATIVAS Y CONTINGENTES, digna sin duda de atención, como la de todos los hechos y fenómenos no generales que se presentan á la observación y al experimento.

Mas el ataque á los viejos se ostenta con caracteres de ABSOLUTO y pretensiones de científico; y es preciso salirle al encuentro, para patentizarle su vanidad.

\*  
\* \*

Por otra parte, las increpaciones contra la vejez ostentan antiquísimo árbol genealógico.

Cuando la sociedad se dividía en guerreros y en esclavos, y cuando la mujer era considerada como cosa, claro es que el viejo tenía que valer poco, ó no servir absolutamente para nada. La juventud debía brillar sola, por sus prestigios irresistibles y por su incuestionable utilidad. ¿Qué papel podía representar un setentón en los juegos olímpicos de Grecia? ¿Cuál una vieja en la gastada sociedad de Roma? ¿Para qué podía servir, en general, un esclavo decrepito? Sólo en una muy exigua minoría podrían osten-



tarse entonces como méritos las cañas y las arrugas en el rostro. Solamente algún General con su experiencia; sólo algunos patricios con sus hábitos de gobierno; únicamente el sacerdocio sostenedor de tradiciones petrificadas..... podían resultar acreedores á la consideración universal en aquellas antiguas sociedades, fundadas por el triunfo, y sostenidas por la esclavitud y las depredaciones de la guerra. Y entonces, más que ahora, indudablemente, la vejez sería en general inútil, consumidora y no productiva; y cuando se erigiese en autoridad, estorbo insuperable al progreso de aquellas generaciones.

Pero hoy, por más apariencias científicas de que quiera rodearse la cuestión; por generosos que quieran suponerse los impulsos que empujan á los jóvenes, y por disculpables que quieran considerarse sus enojos al considerarse detenidos en su marcha hacia lo que consideran como la última THULE del Progreso, hay que estudiar la cuestión, llevando en cuenta todos los datos, no algunos solamente, del importante problema.

Por de pronto, y en lo que éste tiene de sociológico, es preciso observar que ni aun los revolucionarios más ardientes han pensado en suprimir de un golpe lo pasado. Un pueblo es lo que es, más por sus hábitos que por sus códigos fundamentales. En las resistencias sociales entra más lo consuetudinario que el mayor ó menor número de años de los interesados en un régimen. *Hasta cierto punto*, sería más fácil construir una ciudad enteramente nueva y con todos los adelantos modernos, que introducirlos en una población antigua, no preparada para los tranvías, las grandes estaciones de los caminos de hierro, la distribución del agua y de la luz por medio de en-

tubaciones adecuadas, y muy en breve la distribución de la Fuerza barata á domicilio.

\*  
\* \*

Pero no es este aspecto, puramente social, el que tiene más directamente relación con el problema científico del pretendido paralelismo entre la decadencia física y la intelectual.

Hay uno esencial, enteramente fisiológico; y éste es el que no hacen entrar ni poco mucho entre los datos del problema, por olvido indisculpable ó por malicia inocente, los sostenedores del paralelismo.

Este factor indispensable es nada menos que el ORDEN DE APARICIÓN de nuestras facultades físicas y psíquicas.

\*  
\* \*

No se comprende cómo puede sostenerse afirmación semejante. Cuando nace el niño ¿hay en él el menor asomo de inteligencia, por más robustez fisiológica de que venga dotado? A los pocos años, cuando su agilidad es incansable y su gracia es encantadora, cuando sus aptitudes fisiológicas funcionan de un modo enérgico y con toda la eficacia que reclama exigentemente el desarrollo físico, ¿que es aún su inteligencia? Ni aun siquiera sabe contar; su vocabulario está reducido á muy pocos centenares de palabras entre las que no figura nada abstracto, y su inteligencia es, en muchos casos, inferior al instinto de algunos animales privilegiados. Unos años después



parecen paralelos el crecimiento corpóreo y el de la mente; pero esto es una verdadera ilusión. El cuerpo es capaz entonces de los más duros ejercicios y de las habilidades más extraordinarias; pero las facultades poderosas y prominentes á la sazón son las imaginativas y las de imitación, no las filosóficas. Lenguas, geografía, geometría,..... lo experimental de las ciencias del mundo físico y mecánico,..... eso es todo lo que la inteligencia puede entonces dominar; pero lo verdaderamente general, lo profundo, lo filosófico (y, si se quiere, lo metafísico, entendido, como se debe, en la acepción de razón suprema de los fenómenos y de sus leyes.....), eso no es aún accesible al sér humano. Esto es una verdad de evidente experiencia, que, sin embargo, los maestros, en su desdichada mayoría, no quieren reconocer; por lo cual, sus resultados son casi nulos en materia de educación.

Pasan años aún, y entonces cesa la agilidad: ya el baile y los *sports* todos niegan las gracias y la soltura que sólo conceden á la juventud; prosaicas arrugas afean la tersura de la tez; los rizados adornos de la cabeza empiezan á desertar insolentemente; el ébano restante, por una avaricia grotesca, empieza á convertirse en plata; las que una poesía inocente llamó perlas de la boca entre móviles rubíes tienen que abandonar su acostumbrado albergue, de grado ó por fuerza, y ¡oh prosa vil! ¡oh demolición afrentosa! las digestiones se hacen difíciles, la alegría desaparece y el insomnio convierte en eternas las desconsoladas noches del invierno..... Pero entonces, precisamente entonces, cuando el cuerpo empieza á arruinarse, cuando los ojos piden auxilios á la óptica, cuando la finura del oído empieza á embotarse, cuando el invierno exige más leña y más abrigo, y las toses atosi-

gan, y el cuerpo fatigado tiene que desistir de hacer vida galante..... entonces es, entonces precisamente, cuando la inteligencia ve con lucidez pasmosa las teorías que antes ni aun siquiera podía vislumbrar; cuando lo general y lo filosófico le descubren la grandiosidad de sus hasta allí veladas hermosuras, cuando la imaginación no produce monstruos de frivolidad; y entonces es cuando, en las noches de insomnio, cristalizan los modelos conformes con la belleza armónica de las cosas, y la invención científica y artística encuentra los medios de realizar las que en la juventud aparecían utopías, ó cuando menos empresas imposibles.

\*  
\* \*

¿Cómo, pues, los sostenedores del paralelismo no ven que esto y no otra cosa es lo que sucede en el mundo? ¿Cómo aseveran sin atenuaciones que la vejez no sirve para nada?

¡Oh! Deberían considerar que el hombre, por efecto de evoluciones portentosas, acerca de cuyas condiciones no cabe entrar aquí, el hombre es superior á todos los demás animales, reducidos casi á las funciones de nutrición y reproducción, no por la finura de su vista, de su oído y de su olfato, ni por la sensibilidad de su tacto, ni por lo incontrastable de su fuerza, sino por el sentido invisible del número y del ritmo, por la potencia de sus generalizaciones y por la maravilla de sus inventos, y que todas estas soberanas facultades tienen por condición la RIQUEZA DE LOS DATOS, que no se adquiere con la tersura del rostro, ni con el ébano de los cabellos, ni con



la blancura de los dientes, sino con el desarrollo CEREBRAL, que no cesa con los años, puesto que está en razón directa de la edad.

\*  
\* \*

¿Puede esto demostrarse?

Si.

Las obras de los sabios lo testifican, y á presentar la evidencia de tan interesante aseveración dedicaremos el capítulo inmediato.

## II.

Verdaderamente que, á no estar nosotros muy acostumbrados á formar en las minorías, sentiríamos ahora arrepentimiento profundo de haber empezado á escribir en alabanza de los viejos.

Durante ausencia brevísima, una turba revoltosa de hechiceras, nada brujas, antes bien, todas trasuntos de Venus, y de doscientos meses cada una cuando más, penetró sigilosamente en nuestro estudio á curiosear y revolver papeles; y, violando escandalosamente el secreto de nuestros manuscritos, leyó algo del capítulo anterior, y nos recibió, á nuestra vuelta, atolondrándonos en coro con el cantar andaluz:

Un viejo vale un doblón,  
Un moso vale un réá,  
Y la mujer de rasón  
A lo barato se va.

Después, aquel enjambre encantador desapareció tirando libros, cuadernos y papeles, y jurando no volver más á mirarnos á la cara.

\*  
\* \*

¡Qué favor y qué disfavor en solos cuatro versos!  
¡Respetables son los viejos; eso sí! pero..... á la mujer se le van los ojos tras la lozanía de la juventud.  
El pollo es su favorito manjar.

¡Malditos treinta años,  
Funesta edad de amargos desengaños!

Ya la primera cana hace receloso al amor. Esas calvas lustrosas de treinta y cinco estíos, el oro en los dientes, el corvo abdomen enemigo de la flexibilidad, las patas de gallo en los antes tersos pómulos... necesitan ya que el limpio retintín de las pesetas resuene en los oídos femeniles, para distraer á los ojos y que no se fijen en los estragos del tiempo. Y, si esto pasa en el verano de la vida, ¿qué encanto encontrar en pies arrastrando, espaldas en bóveda, ojos mustios, reuma, asma y lentitud?

Decididamente, Venus huye asustada de la vejez.

Y, sin embargo,—¡oh hechiceras de doscientos meses!—el mundo es de los viejos.

Y si nó, veamos quién suele tener en sus manos la política.

\*  
\* \*



El Emperador de Alemania, Guillermo, murió á los noventa y un años; Moltke, el vengador de Jena, va con el siglo, y Bismarck es ya un deplorable setentón.—Viejos han muerto casi todos los Pontífices romanos; y el último, Pío IX, en cuyas manos se perdió el poder temporal, tras la promulgación del Syllabus y la declaración del dogma de la Infallibilidad, falleció casi nonagenario, desmintiendo el famoso *non videbis annos Petri* (no verás los años de Pedro), dicho á los Pontífices en el acto de la consagración.—Después de los sesenta años se distinguió, por sus severas medidas de represión y por su infatigable habilidad diplomática, el Ministro de Pío IX, Cardenal Antonelli, á quien tanto ha debido la política de resistencia del ultramontanismo.—El Papa actual, León XIII, cuenta ya setenta y nueve años.—Alejandro, Emperador de Rusia, libertador de los siervos, causa de la última guerra de Oriente, murió hace poco de resultas de la explosión de una máquina infernal del nihilismo, siendo ya un sesentón.—Su canciller, el Príncipe Gortschakoff, que tanto ha influido en la diplomacia europea, falleció no ha mucho, á los ochenta y cinco años, en casa de una joven hermosísima, la célebre Braun, con quien pensaba casarse.—Inglaterra sólo se fía de los viejos; y basta, para prueba, citar los honorables nombres de Beaconsfield, Bright, Gladstone, Palmerston y Sir Robert Peel. Lord Palmerston, aunque notable desde su entrada en el Parlamento, sólo logró desde España á Turquía su fama de Ministro *omnisciente* en la época del 35 al 41, y aun mucho después; es decir, cuando era ya más que quincuagenario.—El cojo Talleyrand, que murió de ochenta y cuatro, y Metternich, de ochenta y cinco, fueron los diplomatas más

importantes de su tiempo.—Thiers contaba setenta y seis años cuando desplegó respecto de las desdichas de la guerra franco-prusiana y de la rebelión de la Commune una energía que ningún político de Francia suponía en él.—En España brillaban bajo el pabellón de los viejos, políticos de gran resonancia.... Argüelles murió casi de noventa años: Istúriz contaba próximamente los sesenta cuando decidió los matrimonios regios: Galiano ya septuagenario, era el alma del Ateneo.—Ya habían cumplido los sesenta Espartero, Narváez, Orense, cuando más influjo ejercieron en el país, con sus dogmas de la Soberanía Nacional, la conservación moderada y la República Federal....

\*  
\*\*

Y hoy como ayer.

Moisés murió de ciento veinte años, y tenía ochenta cuando libró á los judíos. San Juan era más que octogenario cuando escribió el Evangelio. Kong-Fu-Tseu (Confucio), el célebre legislador chino, murió de más de setenta. Mahoma era de cincuenta y dos cuando su hégira á la Meca, y contaba sesenta cuando, ya sometidas las tribus hostiles de la Arabia, entró en la misma Meca á derribar los ídolos. Agesilao, de ochenta años cumplidos, fué á Egipto á sostener la insurrección contra el segundo Artajerjes. Pasma el pensar lo que hizo en cinco años Julio César, después de cumplir los cincuenta y uno, gastado en su persona, calvo, y sordo según algunos. Derrotó á Pompeyo en España é Italia, y luego, decisivamente en Tesalia. Destronó en Egipto á Tolo-



meo y dió la corona á Cleopatra. Deshizo en tres días las fuerzas sublevadas de Farnaces, rey del Ponto, victoria que comunicó al Senado con el famoso *veni, vidi, vici*. Destruyó en Africa á Metelo y á Catón, y en Munda á Pompeyo el joven; hizo un puerto en el Tíber; reformó las leyes, arregló el calendario, y, por entonces también, debió escribir el clásico libro *De Bello Gallico*. Los estrategas todos, unánimemente, colocan á Julio César por encima de Alejandro Magno y de Napoleón, porque éstos alcanzaron de jóvenes sus triunfos, y aquél siendo ya viejo.

¿Dónde, pues, está el paralelismo entre la decadencia física y la intelectual?

\*  
\*\*

Pero de la política pasemos al campo de las ciencias.

Aquí también—¡oh hechiceras de doscientos meses!—el cetro es de los viejos.

Siempre las artes han representado á los sabios con calva reluciente y luengas y reverendas barbas blancas.

Así á los profetas de Israel. Así también á los siete Sabios de la Grecia. Tháles, el que primero predijo un eclipse lunar, murió, de noventa años, según unos, y de ciento, según otros; de ochenta y uno Solón, el legislador de Atenas; de edad muy avanzada Chilon, el más probable autor del *Conócete á ti mismo* y de *El oro es la piedra de toque de todos los hombres*; de más de setenta años, Pitaco, el enemigo de la em-

briaguez; de edad avanzadísima Bias, el más sabio de los siete sabios, que daba á sus amigos cuanto tenía, y autor del *Todo lo llevo conmigo*; de setenta Cleóbulo, cuya máxima *Mientras más palabras más ignorancia* parece siempre de actualidad; y muy viejo Periandro, á quien su sabiduría no le impidió ni el hacerse tirano de Corinto, ni el matar á su mujer en un raptó de enojo.

Pues si de los siete Sabios pasamos á los demás filósofos—¡que sabían más que ellos!—nos encontramos con que los nombres más venerandos pertenecen á los viejos.

Pitágoras ochenta; ochenta su discípulo Filolao; ochenta y dos Platón; noventa Diógenes el cínico; ciento cuatro Demócrito. Aristóteles, cuyo influjo en la Edad Media ha sido incomparable—á pesar de haber sido quemadas en París en 1209 las traducciones árabes de sus obras—no vivió tanto como los otros filósofos citados; pero sus principales obras fueron escritas cuando ya pasaba de los cincuenta y tres años; esto es, después de haber acompañado á Alejandro Magno en sus primeras empresas por el Asia, que fué cuando, á su regreso, fundó en Atenas la escuela peripatética.

¿Pues qué decir de Aristarco, astrónomo de Samos, que ya profesaba la doctrina actual de los movimientos de rotación y translación de la tierra (por lo cual fué acusado de perturbador de la quietud de los dioses); del otro Aristarco, crítico de la *Iliada*; de Eratóstenes, el que primero encontró el modo de medir un grado de meridiano y determinar la oblicuidad de la eclíptica; de Isócrates, el maestro de elocuencia; de Hipócrates, el genio de la medicina?... Eratóstenes, habiendo perdido la vista, se dejó mo-